

RESEÑAS DE LIBROS

Pepe Menéndez (2024). *Educar para la vida: Guía basada en la experiencia para pensar juntos la escuela que queremos (y necesitamos)*. Siglo XXI Editores.

Los temas reflexionados en este libro son tan significativos que la pregunta sobre el sentido de la educación trasciende inevitablemente el ámbito pedagógico, llevándonos a explorar el significado más esencial de la vida y la existencia humana. En esta línea, podemos preguntarnos: ¿En qué medida nuestras escuelas son un homenaje a la vida?, ¿Con qué frecuencia reflexionamos sobre la vida que transcurre en los espacios educativos?, ¿Somos verdaderamente conscientes del tiempo que entregamos —como estudiantes, educadoras/es, cuidadores/as— a lo largo de nuestra trayectoria escolar, y de la relevancia de lo que sucede durante esas etapas cruciales?, ¿Es posible que nuestras escuelas se conviertan en espacios donde niñas, niños, adolescentes, jóvenes y personas adultas encuentren una oportunidad para dignificar su existencia y vivirla a plenitud?



Educar para la vida, es una obra con profundo sentido ético que nos invita a mirar la educación como un gran proyecto humanista cada vez más urgente frente a los complejos escenarios de nuestro tiempo. A través de estas páginas, Pepe Menéndez comparte los aprendizajes acumulados a lo largo de su extensa y diversa trayectoria como educador, resultado de su experiencia en distintos ámbitos del sistema educativo. Desde su rol como educador hasta su liderazgo en procesos de innovación pedagógica, Menéndez ofrece una perspectiva

integral y profundamente reflexiva sobre los desafíos y oportunidades que enfrenta la educación en nuestros días.

Con una mirada crítica pero esperanzadora, el autor pone de manifiesto cómo las experiencias vividas en distintos contextos educativos —ya sea en el aula, en la gestión escolar o en proyectos de transformación educativa vivenciados en varios países— han moldeado su visión de una educación centrada en el desarrollo humano integral, el aprendizaje significativo y la conexión con la realidad social. Estas páginas transmiten una filosofía educativa que busca inspirar a las y los lectores a reimaginar el propósito de la escuela, recuperando su dimensión humana.

El autor comienza con una exploración a fondo sobre el propósito de una educación humanizadora y transformadora, colocando en el centro la formación integral de la personalidad. Menéndez posiciona una pregunta trascendental: ¿qué debemos enseñar hoy para garantizar un conocimiento que nos haga más humanos? Esta pregunta cobra una relevancia particular dentro de un contexto caracterizado por la globalización, la revolución cibernética, los flujos migratorios de gran magnitud y los desafíos socioambientales, todos estos fenómenos históricos llevan a preguntarnos sobre lo humano y su devenir. La escuela no puede estar ajena a estas reflexiones trascendentales, ¿qué es necesario que enseñemos y aprendamos para construir un sentido de vida —personal y colectivo— en las etapas que acompaña la escuela? Frente a esta pregunta, el autor dirá que “la escuela debe promover el gusto por el aprendizaje porque necesitamos aprender a lo largo de toda la vida para seguir entendiéndonos, comprender el mundo y a los demás, y así colaborar en la humanización y mejora del mundo” (p.41).

Más adelante, el autor reflexiona sobre una escuela diseñada para aprender. Su análisis destaca la relación entre el *saber* y el *ser*, subrayando que la acumulación de información no es suficiente. Es indispensable formar voluntades capaces de “poner el aprendizaje al servicio de la persona y de la dignidad de su condición” (p. 68), ampliando el horizonte hacia el bien común. En línea con esta premisa, resulta crucial reconocer la etapa escolar no sólo como un tránsito hacia la adultez, sino como un periodo pleno en sí mismo, que contribuye

de manera decisiva a definir quiénes somos y qué haremos en la vida adulta. Es por ello que, como educadoras y educadores “debemos ser capaces de ponderar el valor de [esta] etapa vital que está destinada a ir más allá de la custodia, la adquisición de disciplina o la memorización enciclopédica” (p. 68). Esta mirada vinculante de la escuela y la vida, nos llama a reorientar la educación hacia la formación de personas éticas, críticas y autónomas, capaces de responder a los desafíos de nuestro siglo: la justicia social, la sostenibilidad y el respeto a la diversidad.

Llegados a este punto, cabe preguntarnos ¿Qué propósitos perseguimos en nuestras propuestas educativas?, ¿Tenemos propósitos humanizadores?, ¿en qué medida nuestras prácticas son coherentes con estos propósitos?. Desde una lectura *sentida* y *pensada* de la realidad que atraviesa el Ecuador, vemos con urgencia la necesidad de detenernos y reflexionar con seriedad sobre el proyecto de vida que queremos construir como sociedad y cómo la escuela tiene un rol ético-político clave en este proceso. La creciente escalada de violencia y su impacto en nuestros entornos educativos nos confrontan con preguntas sobre el valor que hemos otorgado a la vida, ¿a quiénes hemos condenado a una vida signada por la muerte a causa de la precariedad, la falta de oportunidades y el riesgo constante a la violencia? ¿Cómo la escuela puede convertirse en un espacio para dignificar la vida en estos contextos y apuntar a nuevos horizontes de sentido que hagan frente a las dinámicas de destrucción que actualmente presenciamos?

En conexión con estas preguntas, dentro del propósito humanizador del proceso de enseñanza aprendizaje, el *aprender a ser* cobra una relevancia sustancial. Como señala Menéndez “no existe un sujeto neutro que deba aprender todos los contenidos del currículo, al margen de su personalidad, su contexto social y sus vicisitudes vitales” (p.102-103). Es por ello que acompañar el desarrollo del proyecto de vida de cada persona es una prioridad ineludible para la escuela. Necesitamos aprender para desarrollar el proyecto de vida. De ahí la importancia de la personalización del aprendizaje para formar sujetos autónomos, responsables y capaces de construir sus proyectos de vida, vinculando el conocimiento con la justicia social y el bien común.

También las relaciones que se tejen dentro de las escuelas son fundamentales en el proceso de aprendizaje transformador. ¿Cómo son los vínculos entre docentes y estudiantes? ¿Qué tipo de relaciones se fomentan en la práctica cotidiana? Es claro que el modo en que nos relacionamos en el ámbito escolar influye en nuestra forma de ver el mundo. Todas estas aristas que componen la escuela dejan ver que el derecho a la educación no consiste únicamente en tener una vacante escolar. “Cada vez tomamos mayor conciencia de que es un derecho al aprendizaje, vinculado al respeto por la dignidad de las personas” (Menéndez, 2024, p.99). Concebir el derecho al aprendizaje como un derecho vinculado a la dignidad humana nos lleva a repensar el propósito de la educación, y a ver más allá de la simple instruccionalidad.

Por su parte, las competencias para la vida exigen una educación que integre la formación en ciudadanía y la participación activa en la vida democrática de la escuela. Una escuela humanizadora debe centrarse en un aprendizaje enfocado en los valores humanísticos y la convivencia como base de la ciudadanía; como subraya Menéndez (2024), “la escuela sigue siendo un lugar privilegiado para aprender a ser y convivir” (p. 170). En este contexto, la educación debe estar orientada al desarrollo integral de la persona, reconociendo su singularidad y fomentando un sentido de pertenencia que permita a cada individuo conocerse y encontrar su lugar en el mundo. Este enfoque reclama un cambio en la estructura escolar, que, en lugar de privilegiar la homogeneización, valore la diversidad y promueva el acompañamiento en los itinerarios personales y académicos de los/as estudiantes.

Para encaminarnos hacia una escuela que prioriza el aprendizaje, es indispensable centrar la mirada también en las y los educadores. El rol docente que exigen nuestros tiempos lo posiciona como un/a acompañante de los procesos de formación personal y profesional de las y los estudiantes, orientando su aprendizaje más allá de la transmisión de conocimientos. La educación se convierte en un proceso mutuo, donde tanto educadoras(es) como estudiantes están en constante revisión de sus creencias y prácticas. En este proceso, el liderazgo docente, así como las redes de intercambio que se pueden formar, se convierten en elementos esenciales para guiar el proceso de aprendizaje, asegurando

que el entorno educativo sea propicio para el desarrollo integral de todas y todos. Fe y Alegría, en la segunda edición del Horizonte Pedagógico Pastoral (Fe y Alegría Ecuador, 2024), describe el educador/a con quien sueña, y que bien se corresponde con las ideas compartidas por Pepe Menéndez.

[...] el Movimiento sueña con educadoras/es comprometidos con la transformación, llenos de fe para creer en una escuela que promociona los talentos y las capacidades, en conexión con la realidad y la vida de sus estudiantes y aprendizajes. Educadoras/es que son buenas/os en pensar y repensar la educación, para comprender el mundo cambiante y abrirse a horizontes nuevos, con apertura a mirarse, formarse y conectar con su vocación para revitalizarla; con capacidad para sentir la “rabia ética” que los movilice a crear condiciones para construir una mejor sociedad y recuperar la dimensión ética y política de su accionar educativo. (p. 87)

Sin duda, esta obra nos plantea preguntas fundamentales a quienes formamos parte del ámbito educativo. Nos invita a renovar nuestro compromiso con una educación transformadora, a reflexionar sobre nuestra propia humanidad y a reavivar nuestra vocación como educadores y educadoras. Además, ha sido una oportunidad para reconciliar mi propia trayectoria de vida y encontrar resonancias con los aprendizajes que he ido acumulando en este maravilloso camino de la educación.

Referencias

Menéndez, P. (2024). *Educar para la vida: Guía basada en la experiencia para pensar juntos la escuela que queremos (y necesitamos)*. Siglo XXI Editores.

Fe y Alegría Ecuador. (2024). *Horizonte Pedagógico Pastoral* (2.^a ed.). Fe y Alegría Ecuador.

Emely Valeria Benavides-Vargas
Fe y Alegría Ecuador